

Principios de noviembre. Son las nueve. Los paros carboneros se estrellan contra la ventana. Unas veces salen volando, aturdidos por el choque, y otras caen y quedan tendidos sobre la nieve reciente, luchando por alzar de nuevo el vuelo. No sé qué tendré yo que quieran ellos. Miro el bosque por la ventana. Una luz rojiza se extiende sobre los árboles que bajan hacia el lago. Empieza a correr el aire. Veo la forma del viento sobre el agua.

Ahora vivo aquí, en una casita a orillas de un lago, en el extremo este del país. En el lago desemboca un río. Se trata de un riachuelo que en pleno verano lleva poca agua, pero que en primavera y otoño baja con fuerza y hasta tiene truchas. Yo mismo he pescado alguna. La desembocadura está solo a unos cientos de metros de aquí. Cuando los abedules pierden el follaje, puedo atisbarla desde la ventana de la cocina. Como ahora, en noviembre. Junto al río hay una cabaña, y si me asomo a los escalones de la entrada puedo ver si tiene las luces encendidas o no. En ella vive un hombre. Creo que es mayor que yo, o esa impresión da. Aunque a lo mejor es porque no soy consciente de mi propio aspecto, o porque

la vida ha sido más dura con él que conmigo. Eso no debo descartarlo. Tiene un perro, un border collie.

En el patio, sobre un poste, he colocado un comedero para los pájaros. Por las mañanas, cuando empieza a clarear, me siento a la mesa de la cocina con una taza de café y los veo venir batiendo las alas. Ya he avistado hasta ocho especies diferentes, más que en cualquier otro lugar donde haya vivido, aunque solo el paro carbonero vuela hasta mi ventana. He vivido en muchos sitios. Ahora vivo aquí. Cuando amanece, llevo ya varias horas despierto. Ya he encendido la estufa. Me he paseado por la casa, he leído el periódico del día anterior y fregado los platos del día anterior, que no eran muchos. He escuchado la BBC. Tengo la radio puesta la mayor parte del día. Escucho las noticias, no consigo desprenderme de esa costumbre, pero ya no sé de qué me sirve. Dicen que sesenta y siete años no son muchos, al menos hoy en día, y tampoco es que a mí me lo parezcan, la verdad es que me siento en forma. Sin embargo, cuando escucho las noticias ya no ocupan el mismo lugar en mi vida. No afectan mi visión del mundo como lo hacían antes. Quizá el problema sean las propias noticias, el modo en que las cuentan, o tal vez sea que hay demasiadas. La ventaja del World Service de la BBC, que se emite a primera hora de la mañana, es que en él todo suena distinto, que ni siquiera mencionan Noruega y que me permite mantenerme al tanto de las relaciones entre países como Jamaica, Pakistán, India y Birmania a través de un deporte como el críquet, un juego que nunca he visto ni veré practicar, si de mí depende. Aun así, me he dado cuenta de que a la «madre patria», Inglaterra, siempre le dan palizas. Algo es algo.

Yo también tengo un perro. Es hembra y se llama Lyra. No sabría decir de qué raza es y tampoco es que tenga mayor importancia. Ya nos hemos dado un paseo con la linterna por el sendero que solemos tomar, el que rodea el lago. Las orillas del lago estaban cubiertas de una finísima capa de hielo de la que asomaban las mimbreras que el otoño ha secado y vuelto amarillas, y la nieve caía en silencio, copiosa, desde el fondo oscuro del cielo, haciendo que Lyra estornudara con júbilo. Ahora está durmiendo junto a la estufa. Ha dejado de nevar. A medida que avance el día se derretirá todo. Lo veo en el termómetro. La columna roja asciende con el sol.

Llevo toda la vida anhelando estar solo en un sitio como este. Incluso en los buenos momentos, que no han sido pocos. Eso puedo afirmarlo: que no han sido pocos. He tenido suerte. Pero incluso en esos momentos, por ejemplo en mitad de un abrazo, mientras alguien me susurraba al oído las palabras que estaba deseando escuchar, a veces sentía el repentino anhelo de estar en un lugar donde no hubiera sino silencio absoluto. Podían pasar años sin que pensara en ello, pero eso no significaba que dejara de anhelarlo. Y ahora estoy aquí, y es casi exactamente como me lo había imaginado.

En menos de dos meses se acabará el milenio. En el pueblo lo celebrarán con fiestas y fuegos artificiales. Yo no iré. Me quedaré aquí en casa, con Lyra, quizá dé un paseo alrededor del lago para comprobar si el hielo aguanta, porque preveo diez grados bajo cero y luna llena; luego haré fuego en la estufa, pondré un disco en el viejo tocadiscos y la voz de Billie Holiday sonará casi como un susurro, como cuando la escuché en el Colosseum de Oslo en algún momento de los años cincuenta,

casi quemada pero mágica a pesar de todo, y me emborracharé como corresponde con una botella que tengo guardada en el armario. Cuando el disco haya acabado, me acostaré y dormiré tan profundamente como es posible dormir sin estar muerto, y despertaré en un milenio nuevo, sin permitir que eso signifique nada para mí. Lo espero con ilusión.

Entre tanto, dedico el tiempo a arreglar este sitio. Hay bastante que hacer, lo compré barato. Para ser franco, estaba dispuesto a desembolsar bastante más para asegurarme la casa y el terreno, pero no tuve mucha competencia. Ahora ya entiendo por qué, claro, pero no pasa nada. De todos modos estoy contento. Intento hacerlo casi todo yo mismo, aunque podría pagar perfectamente a un carpintero, no estoy sin blanca ni mucho menos, pero entonces avanzaría demasiado deprisa. Quiero tardar el tiempo que sea necesario. Ahora el tiempo es importante para mí, me digo. No el hecho de que pase deprisa o despacio, sino el tiempo en sí mismo, como algo dentro de lo que vivo, algo que lleno de cosas físicas y de actividades que me permiten compartimentarlo para tenerlo siempre presente y que no desaparezca sin que me dé cuenta.

Esta noche ha ocurrido algo. Estaba acostado en la pequeña habitación que hay junto a la cocina, en la cama de madera provisional que me he fabricado bajo la ventana. Eran más de las doce y me había quedado dormido; fuera estaba muy oscuro y hacía frío, lo había notado al salir a orinar una última vez detrás de la casa. Me tomo esa libertad, sobre todo porque por ahora solo

tengo una letrina exterior. De todos modos, nadie me ve. Hacia el oeste el bosque es muy tupido.

Me despertó un sonido fuerte y agudo que se repetía a intervalos cortos, luego se interrumpía y después empezaba de nuevo. Me incorporé en la cama, entreabrí la ventana y eché un vistazo fuera. En la oscuridad distinguí el destello amarillo de una linterna en el sendero que discurre junto al río. No cabía duda de que el hombre que sostenía la linterna era el mismo que producía el sonido que estaba oyendo, pero no entendía qué tipo de ruido era ni cómo lo producía. Si es que era un hombre. Luego el haz de luz vagó errático de derecha a izquierda, como desanimado, y por un instante distinguí el rostro arrugado de mi vecino. En la boca llevaba algo que parecía un puro, y en ese momento volvió a sonar el ruido y comprendí que se trataba de un silbato para perros, aunque en realidad era la primera vez que veía uno. Y entonces mi vecino empezó a llamar al perro: Poker, gritaba. Poker —que era como se llamaba el perro—, anda, ven, pequeño, gritaba, y yo volví a meterme en la cama y cerré los ojos, aunque sabía que iba a ser incapaz de conciliar el sueño.

En realidad, lo único que quería era dormir. Me he vuelto quisquilloso con mis horas de sueño, ya no son tantas, pero las necesito de un modo muy distinto al de antes. Una mala noche proyecta su sombra sobre varios días seguidos y me deja atontado e irritable. No tengo tiempo para esas cosas. Tengo que concentrarme. Aun así, me incorporé otra vez en la cama, puse los pies en el suelo y, a oscuras, encontré la ropa que tenía colgada del respaldo de la silla. Estaba tan fría que se me aceleró la respiración. Atravesé la cocina, fui hasta el recibidor

y me puse el viejo chaquetón de marinero; luego cogí la linterna del estante y salí a las escaleras. La oscuridad era impenetrable. Abrí de nuevo la puerta, metí la mano y encendí la luz de afuera. Mejor. La pared roja de la leñera reflejaba un brillo cálido sobre la hierba del patio.

He tenido suerte, pensé. Puedo salir en plena noche a ayudar a un vecino que está buscando a su perro y no me llevará más de un par de días reponerme del todo. Encendí la linterna y eché a andar por el camino que llevaba hasta la suave pendiente donde mi vecino seguía moviendo la linterna. El haz de luz se arrastraba despacio, trazando un círculo que recorría la linde del bosque, cruzaba el camino, seguía el cauce del río y volvía al punto de partida. Poker, gritaba, Poker, y luego tocaba el silbato. El pitido tenía una frecuencia muy alta y desagradable que rompía el silencio de la noche. La cara y el cuerpo de mi vecino seguían ocultos por la oscuridad. No lo conocía, solo habíamos intercambiado alguna palabra cuando yo pasaba por delante de su cabaña con Lyra, a menudo de madrugada, y de pronto me entraron ganas de volver a casa y olvidarlo todo: ¿qué ayuda podía prestarle yo? Pero seguramente habría visto ya la luz de mi linterna, era demasiado tarde, y de todos modos había algo en aquella silueta solitaria que apenas distinguía en la oscuridad que reclamaba mi atención. No debía estar solo de ese modo. No estaba bien.

—Hola —dije a media voz, por respeto al silencio.

Mi vecino se volvió y, por un instante, no vi nada, porque enfocó el haz de luz directamente contra mi cara; cuando se dio cuenta bajó la linterna. Me quedé quieto unos segundos, tratando de recuperar la visión nocturna; luego me acerqué hasta él y allí nos quedamos los dos,

cada uno proyectando un haz de luz a la altura de la cadera y alumbrando el paisaje que nos rodeaba, donde nada tenía el mismo aspecto que durante el día. Me he acostumbrado a la oscuridad. Soy incapaz de recordar si alguna vez la he temido —seguro que sí—, pero ahora me resulta natural, segura y, sobre todo, abarcable, por mucho que oculte en realidad. Eso da igual. Nada es comparable a la elasticidad y la libertad de la que goza el cuerpo en la oscuridad, donde no existen ni las alturas definidas ni las distancias acotadas. La oscuridad no es más que un espacio inconmensurable en el que moverse.

—Ha vuelto a escaparse —me dijo el vecino—. Poker. El perro, digo. Lo hace de vez en cuando. Es verdad que luego siempre vuelve, pero cuesta dormirse cuando no sabes dónde está. Además ahora hay lobos en el monte. Y tampoco me parece bien cerrar la puerta con llave.

Parecía un poco avergonzado. Supongo que yo también lo estaría si mi perro se escapara así, y no sé qué haría si se tratara de Lyra y tuviera que salir solo a buscarla en mitad de la noche.

—¿Sabes que dicen que el border collie es el perro más inteligente del planeta? —dijo.

—Eso he oído.

—Poker es más listo que yo, y lo sabe —dijo mi vecino, negando con la cabeza—. Me temo que está a punto de ponerse al mando.

—Supongo que eso no está bien —dije.

—No —dijo él.

De pronto caí en la cuenta de que nunca nos habíamos presentado como era debido, así que le tendí la mano, la iluminé con la linterna para que la viera y dije:

—Trond Sander.

Pareció desconcertado. Tardó un par de segundos en cambiarse la linterna a la mano izquierda y estrecharme la derecha con la suya:

—Lars. Lars Haug. Con ge.

—Cómo está usted —dije, y en la oscuridad de la noche la formula sonó tan extraña y peregrina como cuando mi padre dijo «mis condolencias» en un entierro en medio del bosque celebrado muchos muchos años antes, y nada más decirlo me arrepentí, pero Lars Haug no le dio importancia. Tal vez aquello le pareció apropiado, y la situación no le resultaba más extraña que cualquier otra en la que dos adultos se presentan en mitad del monte.

A nuestro alrededor todo era silencio. Habíamos tenido días y noches de viento y lluvia, con un murmullo constante en los pinos y los abetos, pero ahora el bosque estaba en completa calma, no se movía ni una sombra, y nosotros, mi vecino y yo, también estábamos inmóviles, con la mirada clavada en la oscuridad, cuando de pronto tuve la certeza de que había algo detrás de mí y fui incapaz de contener el repentino escalofrío que me recorrió la espalda. Lars Haug también lo había notado: dirigió la linterna hacia algún punto situado un par de metros por detrás de mí y, cuando me volví, ahí estaba Poker, completamente tenso y en guardia. En otras ocasiones ya he comprobado que los perros también experimentan y muestran sentimientos de culpa. Como a la mayoría de nosotros, aquello no le gustó nada, sobre todo cuando el amo empezó a hablarle en un tono casi infantil que casaba mal con el rostro arrugado y curtido de un hombre que sin duda había tenido que afrontar ya muchos contratiempos, manejar situaciones difíciles



y complicadas contra viento y marea, con aguante y resistencia, algo de lo que me había dado cuenta al estrecharle la mano.

—Aaay, ¿dónde te habías metido, Poker? Mira que eres tonto, ¿has desobedecido a papá otra vez? Muy mal, travieso, muy mal, no puedes hacer estas cosas.

Dio un paso hacia el perro y el animal empezó a gruñir por lo bajo, desde el fondo de la garganta, con las orejas gachas. Lars Haug se paró en seco. Bajó la linterna hasta iluminar el suelo, y entonces intuó las manchas blancas en el pelaje del perro, mientras las negras desaparecían en la noche, confiriéndole un aspecto extrañamente azaroso y asimétrico, al mismo tiempo que los ruidos guturales continuaban sonando por lo bajo, procedentes de un punto indeterminado, y mi vecino dijo:

—Una vez maté a un perro de un tiro, y en aquella ocasión me prometí a mí mismo que nunca volvería a hacerlo. Pero ahora ya no estoy seguro.

El hombre había perdido la confianza, eso saltaba a la vista, no sabía qué hacer a continuación, y de pronto sentí muchísima lástima por él. Fue un sentimiento que surgió como una ola no sé de dónde, de algún lugar allá afuera, en la oscuridad, donde en otro tiempo quizá hubiera ocurrido algo, o de algún episodio de mi propia vida que había olvidado hacía mucho tiempo, y aquello me agobió y me inquietó. Carraspé y, con una voz que no era capaz de controlar del todo, le dije:

—¿Qué tipo de perro era ese que tuviste que matar?

No creo que aquello me interesase en realidad, pero algo tenía que decir para detener el repentino temblor de mi pecho.

—Un pastor alemán, pero no era mío. Ocurrió en la

granja en la que crecí. Mi madre fue la primera que lo vio. Corría suelto por la linde del bosque, persiguiendo a unos corzos, dos machos jóvenes y aterrados que llevábamos ya varios días viendo por la ventana pastando entre la maleza que bordeaba el prado del norte. Nunca se separaban, tampoco en aquel momento, y el pastor alemán los perseguía, los rodeaba, intentaba morderles los jarretes y, a medida que pasaba el tiempo, los corzos se fueron agotando, no tenían escapatoria, y mi madre ya no pudo soportarlo más y llamó al jefe de policía para preguntarle qué podía hacer. Pues coges y le pegas un tiro, le respondió.

—Eso es tarea para ti, Lars —me dijo mi madre al colgar—. ¿Crees que podrás hacerlo?

No me hizo ninguna gracia, todo hay que decirlo; casi nunca tocaba aquella escopeta, pero me daban mucha pena los corzos, tampoco era cosa de pedirle a ella que lo hiciera y no había nadie más en casa. Mi hermano mayor estaba embarcado en alta mar y mi padrastro andaba por el bosque talando árboles para el terrateniente de la zona, como solía hacer en aquella época del año. Así que agarré la escopeta, salí y atravesé las eras en dirección al bosque. Al llegar, no vi al perro por ningún lado. Me quedé quieto, escuchando. Era otoño y a mediodía el aire estaba muy claro, había tanta calma que resultaba casi desagradable. Me volví y miré por encima de los huertos hacia la casa, donde sabía que mi madre estaría mirando por la ventana, sin perderse uno solo de mis movimientos. No iba a librarme de esa. Volví a mirar hacia el bosque, a través del sendero, y de pronto aparecieron los dos corzos, venían corriendo hacia mí. Hinqué la rodilla en el suelo, levanté la escopeta y apo-

yé la culata contra la mejilla. Las dos crías estaban tan aterradas que ni me vieron, o quizá ya no les quedaban fuerzas para enfrentarse a otro enemigo. No variaron el rumbo ni un milímetro, siguieron avanzando directas hacia mí y pasaron a pocos centímetros de mi hombro. Pude oír su respiración y vi cómo les brillaba el blanco de los ojos abiertos como platos.

Lars Haug se interrumpió un momento, alzó la linterna y alumbró a Poker, que no se había movido del sitio. No me volví, pero oía al perro gruñir por lo bajo. Era un ruido inquietante. El hombre que tenía ante mí se mordió el labio, se pasó los dedos de la mano izquierda por la frente con gesto inseguro y luego continuó:

—Treinta metros detrás venía el pastor alemán. Era una bestia enorme. Disparé inmediatamente. Estoy seguro de que le di, pero no cambió su trayectoria ni la velocidad, puede que un espasmo le recorriera el cuerpo, no lo sé, así que le disparé otra vez y cayó al suelo, pero volvió a levantarse y siguió corriendo. Desesperado, disparé una vez más, lo tenía ya a pocos metros de distancia, y entonces por fin se desplomó y, con las patas en el aire, se deslizó hasta terminar junto a la punta de mi bota. Pero no estaba muerto. Se quedó ahí, tumbado, con las patas paralizadas, mirándome de frente, y de pronto me dio lástima, todo hay que decirlo, así que me incliné sobre él para hacerle una última caricia en la nuca, y en ese momento gruñó y trató de morderme la mano. Me llevé un buen susto, me puse furioso y le descerrajé otros dos tiros en la cabeza.

Lars Haug seguía allí de pie, con el rostro apenas visible entre las sombras. La linterna le colgaba de la mano con gesto cansado e iluminaba solo una pequeña franja

del suelo: las agujas de los pinos, piedrecillas, dos piñas. Poker permanecía inmóvil, sin emitir ningún ruido, y empecé a preguntarme si los perros serían capaces de contener la respiración.

—Joder... —dije.

—Yo acababa de cumplir dieciocho años —dijo—. Ha pasado mucho tiempo, pero nunca se me olvidará.

—Entiendo perfectamente que no quieras volver a matar a un perro.

—Ya veremos —dijo Lars Haug—. En fin, mejor me llevo a este a casa. Es tarde. Ven, Poker —dijo, y de pronto su voz sonó tajante, autoritaria.

Eché a andar camino abajo. Poker lo seguía obedientemente a pocos metros de distancia. Al llegar al puentecillo, Lars Haug se detuvo y me saludó agitando la linterna.

—Gracias por la compañía —dijo en voz alta a través de la oscuridad.

Yo le devolví el saludo con la linterna, di media vuelta, remonté la suave pendiente hacia la casa, abrí la puerta y entré en el recibidor iluminado. Por alguna razón cerré la puerta con llave, cosa que no he hecho desde que me mudé aquí. No me gusta hacerlo, pero lo hice de todos modos. Me desvestí, me tumbé en la cama bajo el edredón y clavé la mirada en el techo mientras esperaba a notar el calor. Me sentía un poco bobo. Luego cerré los ojos. En algún momento, mientras dormía, empezó a nevar, y estoy convencido de que lo supe en sueños, supe que el tiempo cambiaba y se enfriaba, supe que me daba miedo el invierno y la nieve, si caía demasiada, y supe que me había metido en una situación imposible al mudarme aquí. Luego soñé empecinadamente con el

verano y, al despertar, todavía me rondaba la cabeza. Podría haber soñado con cualquier verano, pero no fue así, me vino a la cabeza un verano muy especial, y todavía sigo pensando en él, aquí sentado, ante la mesa de la cocina, mientras miro cómo la luz avanza sobre los árboles que descienden hacia el lago. Nada tiene el mismo aspecto que tenía anoche y no se me ocurre ninguna razón que explique por qué cerré la puerta con llave. Estoy cansado, pero no tanto como me temía. Voy a aguantar hasta la noche, lo noto. Me levanto de la mesa algo entumecido, mi espalda ya no es la que era, y Lyra, junto a la chimenea, alza la cabeza y me mira. ¿Salimos otra vez? No, no salimos, todavía no. Suficiente tengo con este verano que de pronto empieza a atormentarme. Hacía muchos años que no me pasaba.

Libros del Asteroide